

ELOGIO DE LA SABIDURIA

p o r e l

Prof. Gregorio Marañón (+ 1960)

Como recuerdo y homenaje a la memoria del maestro, publicamos un ensayo breve sobre el momento español, publicado en 1932, destinado a exaltar la vida de Pasteur, el trabajo y el esfuerzo por aprender y conquistar la fama y la gloria.

Conveniencia de la pobreza

Pasteur, como nuestro Cajal, como la mayor parte de los hombres verdaderamente grandes de la Humanidad, nació en un hogar humilde, casi pobre. Fácilmente se comprende que no se trata de un hecho casual. Sería injusto negar que ha habido en el mundo hombres ricos desde que nacieron, educados en el bienestar material y cuya inteligencia logró alcanzar alturas elevadas: tal Bacon. Pero se trata de casos excepcionales. La ciencia, sobre todo, no crece más que en los ambientes austeros. Como la llama del fósforo necesita un frote áspero con la realidad para encenderse.

Esta es una de las razones por las cuales los hijos de los genios suelen ser hombres vulgares. El triunfo del genio suele llevar aparejado, casi siempre, un bienestar material grande; a veces, tras largos años de lucha, extrema en los hijos el cuidado de apartar de su camino las espinas que ellos encontraron en la penosa ascensión; y el niño y el adolescente que encuentran colmadas sus necesidades, se embotan casi irremediablemente para la lucha. Para mí no tiene duda que uno de los enemigos morales de la ciencia es el lujo.

Pasteur tuvo que sufragarse la modesta pensión de estudiante dando clases particulares; comía por unos cuantos reales, y durante todos sus estudios en plena juventud—y en París, esto es, en plena tentación—no fué más que tres o cuatro veces al teatro. No puedo explicarme las lamentaciones que con este motivo entonan casi todos sus biógrafos. Por el contrario, estoy cierto de que sin este duro aprendizaje, el cerebro y la volunad de Pasteur no hubiesen alcanzado aquella tensión prodigiosa que le permitió llegar a una senectud fecunda, a pesar de la apoplejía que le puso en trance de morir antes de cumplir los cincuenta años.

Uno de los rasgos de Pasteur, que todos los biógrafos comentan, es su desprendimiento. Sus estudios sobre el ácido tartárico, sobre los vinos

y cervezas, sobre los gusanos de seda, pudieron proporcionarle fabulosas riquezas; y las rehusó siempre, prefiriendo la modestia de su hogar, sin lujos, pero sin preocupaciones. Entonces no había premio Nobel. Acaso al obrar así obedecía no tanto a su ingénita bondad como al instinto oculto que le señalaba la opulencia como uno de los escollos más peligrosos para su obra futura.

Esta pobreza no es sólo conveniente en el ambiente familiar del investigador, sino también en su medio propiamente científico. En Strasburgo, Pasteur tenía que comprar los instrumentos urgentes con sus propios recursos, harto exiguos. Su laboratorio de la Escuela Normal, donde terminó los estudios memorables sobre la fermentación, estaba reducido a dos piezas heladas, improvisadas en un granero. La estufa de cultivos estaba colocada en un rincón de la escalera, en sitio tan mezquino, que el grande hombre tenía casi que arrodillarse para llegar a ella. En Arbois hizo sus principales estudios sobre los vinos en el local de un café recién desalquilado, ocurriendo más de una vez que un transeúnte, antiguo cliente del establecimiento, entraba sin fijarse en el cambio augusto de destino que había experimentado, y pedía al propio Pasteur o a su colaborador Duclaux un vaso de cerveza.

Surge, leyendo estos episodios, el recuerdo de Claudio Bernard, que realizó también su obra fisiológica en una buhardilla miserable, con instrumentos improvisados; o el de Cajal, que tenía que privarse de cosas esenciales a la vida para comprar sus microscopios y suscribirse a las revistas extranjeras.

¿Pero es que en otro medio que no hubiese sido éste, en las salas actuales del Instituto Pasteur, en los laboratorios pródigamente dotados del Colegio de Francia, en los pabellones espléndidos de la Fundación Biológica de Cajal, habría alcanzado el ingenio de estos grandes hombres el grado de agudización y de finura penetrante que les permitió descender tan hasta lo hondo del misterio de la vida? Yo creo sinceramente que no. El genio no se revela espontáneamente en la mayoría de los casos, sino después de una lucha encarnizada contra el medio, en la que sucumbe para la ciencia todo talento que no sea de orden excepcional.

Por, ello cuando el grande hombre alcanza las cimas de la gloria y se rodea de la abundancia científica, su eficacia se transforma, creando la escuela que prolongará su obra en el porvenir; pero en este Instituto que lleva sobre la portada suntuosa el nombre de su fundador, no volverá a surgir, casi seguramente, el nuevo genio. Este saldrá cuando menos se espere, esporádicamente, de otro mechinal incómodo y pobre.

No seamos, por lo tanto, ingratos con la pobreza y, sobre todo, no pongamos a la pobreza como pretexto para nuestra esterilidad. En los países sin ambiente científico, como el nuestro, se padece de ese achaque y se pide clamorosamente dinero, mucho dinero, para hacer hospitales magníficos, sanatorios repletos de aparatos, cátedras decoradas

como teatros. Y está bien todo ello; pero sin pretender que de ahí arranque la ciencia verdadera. Háganse primero los hombres; y los hombres se hacen en cualquier parte; luego vendrán las instalaciones perfectas para desarrollar la obra iniciada. Mas no se construya el templo, sin tener antes la religión en marcha. Y toda religión nace de la estrechez; y casi todas se corrompen en la opulencia.

Tengo siempre sobre la mesa de mi despacho—para que la lección no se me olvide a mí, ni se me olvide enseñarsela a los demás—, tengo, digo, de continuo delante de mis ojos una fotografía del recinto abuhardillado, a que antes me refería, en el que Pasteur realizó, tal vez, sus más prodigiosos inventos. Y debajo hay una leyenda con las palabras del ministro de Instrucción Pública, cuando el futuro grande hombre le fué a pedir dinero para continuar sus estudios: «Lo siento, joven, pero no hay en el presupuesto ni cincuenta céntimos que le podamos dar.» Y todos hacen al leer esto el mismo comentario: «¡Estúpido ministro! ¡Y el dinero que repartía a tanto mentecato!» Pero yo digo que este ministro sabía, sin darse cuenta, dar a Dios lo suyo y lo suyo al César. El dinero, a los que solo saben gastarlo; la pobreza, a los que pueden hacer brotar de ella Verdad.

El estudiante brillante y el estudiante rebelde

Algunos comentaristas se muestran sorprendidos al leer en la biografía de Pasteur que fué un mediano estudiante. En la escuela primaria, en el colegio de Arbois, no dejó rastro de su paso; era un alumno: un *peu lourd*—dice uno de sus biógrafos—nada brillante ni llamativo. El examen de bachillerato fué también vulgar. A los veinticuatro años hizo y ganó un concurso de agregación de ciencias físicas, obteniendo el tercer puesto con notas modestas, ;sería curioso saber quiénes fueron los dos «empollones», como diríamos ahora, que tan fácilmente ganaron a Pasteur la partida ante la justicia oficial!

Quiero destacar este hecho porque juzgo que ningún hombre, no ya genial como Pasteur, sino medianamente talentado, ha podido jamás ser un buen estudiante, en el sentido oficial de la palabra. Ser un buen estudiante siempre, alcanzar siempre las notas óptimas, que constituyen lo que se llama «un brillante expediente académico, supone amoldarse a la mediocridad con que está organizada la enseñanza, aquí y fuera de aquí. Cajal, como Pasteur, fué un mediano estudiante, y Oswald, en su libro sobre los grandes hombres, insiste en la frecuencia con que los hombres cumbres fueron, en la etapa oficial de sus estudios, alumnos vulgares o francamente malos.

Estudiar con igual aplicación todas las asignaturas multiformes de la instrucción primaria y del bachillerato, y estudiarlas con el deseo primordial de obtener notas brillantes, es, en efecto, la manera más infalible de no ser nada en este mundo. Un mal estudiante puede ser, andando el tiempo, un grande hombre. Un estudiante perfecto, uno de

esos abonados a la matrícula de honor (a los que el Gobierno concede al terminar una gran cruz, si han alcanzado la nota máxima en todas las disciplinas académicas), ése, casi necesariamente, se esfumará en una penumbra intelectual para toda su vida. Es un deportista de las buenas notas, y nada más.

Se me dirá que es peligroso hablar así en este país, donde la falta de aplicación encuentra tan sugestivos estímulos en el medio ambiente. Pero yo estoy tan convencido de la inutilidad y aun de la nocividad de los sabios oficiales, que no dudo en lanzarles desde aquí mi grito de guerra. ¡Guerra a los números unos, a los alumnos sometidos incondicionalmente a las pautas estrechas de la escuela! Y que me perdone si hay alguno entre los que me leen: yo también he sido, en una ocasión «número uno», y aún siento sobre mí la pesadumbre de esta gloria oficial, grata y paralizante como una inyección de morfina.

Claro es que no se deben confundir las notas malas del estudiante noblemente rebelde, el que no se amolda a la mediocridad académica, el que ha preferido emplear las horas que el maestro le designaba para aprenderse de rutina sus lecciones, en estudiar una sola o en aprender cosas distintas de las que se le exigían en la escuela; o simplemente en soñar; no se deben confundir, digo, con las notas malas del estudiante notoriamente incapaz de la voluntad o del intelecto. Pero reaccionemos, repito, contra el criterio de considerar como el mejor alumno al que mejores notas tiene. Cada día, en concursos, exámenes y oposiciones, se plantea el problema todavía. Cuando veo exhibir con orgullo a uno de estos muchachos ejemplares, recuerdo a esos otros muchachos excesivamente gruesos, de apariencia magníficamente saludable, que en el orden físico suelen constituir también el orgullo de sus padres y allegados. En unos y otros, el esplendor es sólo externo; bajo el oropel de las notas magníficas se oculta con frecuencia un espíritu vulgar; del mismo modo que bajo las formas redondeadas y los colores arrebolados se esconde un temperamento linfático y eunucoide. El fuerte de mañana es el que hoy se nos presenta flaco, deslucido e inquieto; el sabio de mañana es el estudiante irregular, incorrecto, desigual, no deportista: el que no se propone ganar notas sobresalientes, como copas de tenis, sino saber.

Verdad y belleza

Nuestro Cajal ha clamado muchas veces que no basta el Arte solo para hacer una civilización, sino que es precisa también la Ciencia. No hay que añadir que la Ciencia sola tampoco basta para hacer civilizado a un pueblo o a un individuo. Un pueblo o un hombre, henchido de ciencia, pero sin sensibilidad artística, será un pueblo culto o un hombre culto; y no hay que confundir la cultura con la civilización. Hay que tener, como Pasteur tenía dos fuegos sagrados encendidos en el alma: uno delante de la Verdad y el otro delante de la Belleza.

Pasteur fué desde pequeño, y aun antes de que despertara en él el amor a la Ciencia, un apasionado del Arte y de la Poesía, y es sabido que hizo retratos de los suyos en los que se adivina un posible gran artista que al fin fué ahogado por el investigador. Con frecuencia trabajaba, siendo muchacho, leyendo sus libros predilectos. Cuando, en plena madurez, fué atacado de una grave hemorragia cerebral, que puso en peligro su vida, durante los días interminables de la convalecencia, los libros de los poetas le ayudaban a elevarse sobre la miseria presente.

Este sentimiento del Arte es, además, preciso, porque su emoción se transmite, al fin, al mismo trabajo de la investigación científica, que es muchas veces un trabajo frío y tal vez no debiera serlo nunca. Hay, por lo menos, un grupo de sabios, los que Ostwald llama «románticos» y al cual pertenecía Pasteur, en los cuales la persecución de la Verdad no es sólo la marcha calculada y lenta a través de los métodos rigurosos, sino también, en ocasiones, una carrera del espíritu, súbitamente iluminado, hacia lo desconocido o un vuelo atrevido y majestuoso sobre la sombra del error, sostenido por las alas de la hipótesis. Algo, en suma, que recuerda el momento apasionado de la inspiración del artista, y aun que se confunde con él; como que, al fin y al cabo, para el espíritu de los elegidos, la Belleza y la Verdad no son dos musas diferentes, sino una sola, a lo sumo con dos caras. El sabio romántico siente al traslucir la Verdad la misma emoción vegetativa que el artista al hallar el verso o la pincelada definitiva. Son muchos los ejemplos de esta emoción auténtica producida por la Verdad pura, desde Arquímedes, que sale desnudo de su baño y recorre las calles gritando, al brotarle en la mente su célebre principio, hasta el mismo Pasteur, cuando, al confirmar con el polarímetro sus hipótesis sobre la disimetría molecular, sale corriendo y fuera de sí de su laboratorio y abraza con los ojos llenos de lágrimas a cuantos encuentra a su paso. y Biot, el viejo maestro, al ver repetida ante sus ojos escépticos la célebre experiencia, exclama: «¡Hijo mío, he amado tanto a la Ciencia toda mi vida, que el ver esto me hace palpar el corazón!»

Mas para que esto ocurra, para que un rayo de luz desviado hacia la izquierda o la derecha haga acelerar el ritmo del corazón y estremecer los nervios, ¡cuántas horas de renunciación y de esfuerzo sin éxito!

La gente ve del sabio el resplandor de sus hallazgos; pero no se imagina el largo calvario que precedió al minuto de la victoria. Yo recuerdo siempre un pasaje que refiere Daudet—ese buen León Daudet que tantas tonterías ha dicho de mí, porque ha querido—de la vida de Charcot, el gran neurólogo francés, que nos figuramos todos feliz como un príncipe, recibiendo el homenaje de sus contemporáneos, que acudían a oírle y a buscar la salud en su palabra, desde las naciones más apartadas de la tierra. Este era, sí, el anverso de su vida; pero en el reverso, ¡cuántos minutos de dolor, como el que cuenta Daudet: «Estaba yo una tarde—dice éste—consultando un libro de Medicina en la

biblioteca del maestro, que rodeaba su gabinete de trabajo, con dos pisos de altura, cuando fui sorprendido por la llegada imprevista de Charcot. La curiosidad me retuvo y observé atentamente, inmóvil entre los libros. El grande hombre permaneció mucho tiempo sentado junto a su lámpara, anonadado, aplastado, mirando rectamente ante sí, inmóvil, con una expresión en el rostro que hasta entonces no le conocía: una expresión ardiente y a la vez desesperada. Permaneció así una hora, y al fin se levantó y fué lentamente a dar una orden a alguno de sus ayudantes. Y yo pensé—termina Daudet—, con frío en los huesos: ¿es esto la gloria científica? Pues, en verdad, no tiene nada de envidiable.»

Gracias a estas horas dolorosas, la Ciencia puede llegar a perder a los ojos del hombre elegido su fría austeridad y confundirse con la imagen luminosa de la Belleza; como, gracias a los años de tortura voluntaria, pudieron los santos hallar en la pobreza, en el sufrimiento y, a la postre, en la muerte, el manantial de su alegría.

Pues bien; para esta obra silenciosa y ascética de la elevación del espíritu y afinamiento de la sensibilidad, el amor al Arte será un apoyo que no faltará nunca, una luz que no se apagará jamás en las horas interminables de la duda.

La vocación pedagógica.

Pasteur sintió nacer en su alma, a la par que el amor a la Ciencia, la necesidad de hacer prosélitos, de esparcir en torno suyo el caudal de los conocimientos aprendidos a fuerza de tesón. Enseñaba a los alumnos, compañeros suyos, cuando era estudiante; y, en sus ratos libres, buscaba nuevos discípulos en sus hermanos y en sus propios padres.

Dice Ostwald que su práctica de la enseñanza le permite asignar como un carácter específico del alumno que el día de mañana será un hombre de ciencia de provecho, el no contentarse con la lección que se le da, el deseo de completarla espontáneamente con nuevas adquisiciones, la curiosidad por saber; el que no se sacia con la razón cotidiana de la Ciencia oficial. Pero acaso sea todavía más característico del futuro grande hombre el rasgo que tan claramente se advierte en Pasteur; la precocidad de la vocación pedagógica y de la actuación magistral.

El derroche de la vida.

Uno de los consejos que el joven hombre de Ciencia, y en general el hombre trabajador, escucha sin cesar de labios de cuantos le rodean, es el de la inclinación a la prudencia en la labor diaria. «¡Trabaja usted demasiado!»—oírán decir a los que más o menos sinceramente se interesan por él—. «¡Dedique usted menos horas al estudio y diviértase más!»

Los fisiólogos han estudiado minuciosamente las leyes de la fatiga intelectual y la necesidad de regular el trabajo de la mente como se regula el de los músculos de un obrero manual, o, más aún, el de una máquina inanimada. Montaigne ha dicho que «el descanso del deber forma parte del deber». Y es indudable que el vulgo y los fisiólogos y los poetas tienen razón, como la tienen los economistas cuando predicán el ahorro del dinero y las leyes que rigen la gran ciencia de gastar poco y guardar cuanto se pueda, pensando en el día de mañana.

Pero el ahorro del propio trabajo, de la propia vida, como el ahorro del dinero, sus virtudes, cuyo vicio contrario, o sea, el derroche, es aún más amable que la misma virtud. La verdad es que ningún hombre puede llamarse inteligente y bueno si no es generoso de su hacienda; pero menos aún si es tacaño de su ciencia, si administra calculadamente el impulso de aprender y de enseñar y el entusiasmo por conquistar la gloria.

Pasteur trabajó sin descanso desde su adolescencia oscura hasta el ocaso, lleno de resplandores, de su vida. Para él no había diversiones, ni espectáculos, ni fiestas, ni reglas de higiene mental, sino sólo la actividad impropia de cada día, descansando de una investigación con el comienzo de otra diferente. La pesadumbre de esta labor hizo estallar, cuando aún no tenía cincuenta años, una arteria en su cerebro, estuvo a punto de morir, y el primer signo de vida que dió, al recobrar, entre sombras, la conciencia, después de las primeras horas de apoplejía, fué escribir en un papel: «Hablaria con gusto de Ciencia.» A las seis semanas fué llevado a convalecer a Saint Hippolyte du Pont, y allí, aún paralizado, dictaba a sus discípulos las pautas de su gran campaña para descubrir y combatir las enfermedades de los gusanos de seda.

Aconsejamos, pues, a los futuros científicos la medida en el trabajo. Pero guardemos nuestra secreta simpatía por el derrochador que no hace caso de nuestros consejos y se entrega generosamente a la actividad desenfrenada del que siente la ambición de la gloria con más fuerza que el apego a la propia vida.

Pasteur y las mujeres

Tres huellas de mujer aparecen en la vida del gran sabio. La de su madre, mujer humilde y oscura, pero de sensibilidad aguda y clara inteligencia: la grandeza de los hombres suele nutrirse casi siempre de la vena materna. La de sus hermanas, sus primeros discípulos, a las que quería con un afecto paternal. Y, por último, la de su esposa, prototipo de esa mujer del investigador, tan bien descrita por Cajal, cuya única ocupación toda su vida fué suavizar el ambiente del maestro con el sacrificio de sus propias vanidades, quitando de su camino los guijarros y las piedrecillas de la vida cotidiana, en que el genio pudiera haber tropezado en su marcha abstraída por los caminos de la meditación y del experimento.

La mujer, como preocupación sexual, no aparece en la vida de Pasteur. Ningún amor en su juventud. El propio idilio inicial con su esposa se desarrolló con la rapidez y la precisión de un experimento de laboratorio. Un día vió a la hija de M. Laurent, el rector de la Universidad de Strasbourg, y adivinó que aquella joven era la compañera ideal para su espíritu, casi más por intuición cerebral que por impulso instintivo de su corazón; en seguida pidió su mano y se casó. Todo ello había durado quince días. Después, ya maduro, durante todos los años llenos de esa gloria que atrae, en la vida de otros grandes hombres, a un cierto tipo de mujeres de un intelectualismo romántico, no se descubre el rastro de ninguna en la existencia rectilínea y austera de Pasteur.

Si tratamos de extraer de esta vida su esencia ejemplar, acaso sean los hechos que acabamos de citar los que más se presten a la meditación de un español. Porque en España existen dos mortales enemigos de la Ciencia, que son el «donjuanismo» de muchos hombres y la incompreensión intelectual de muchas mujeres.

El «donjuanismo» es un tema palpitante, al que muchos ingenios contemporáneos han dedicado copiosos estudios. Yo mismo puedo recordar los míos, y quiero reiterar aquí que la antítesis de Don Juan es el hombre que trabaja y, sobre todo, el que trabaja intelectualmente, como el hombre de ciencia; y siendo Pasteur el tipo acabado del hombre de ciencia, podremos poner frente a la imagen romántica y equívoca de Don Juan, como su antípoda y reversa, la noble y severa figura de Pasteur.

El catolicismo de Pasteur.

Nuestro último comentario se refiere al aspecto más conocido de la vida del gran inventor. Pasteur, el hombre de ciencia representativo, el hombre que dedicó toda su energía a la investigación de la materia y cuyo pensamiento permanecía semanas y semanas hundido en el problema de los orígenes de la vida, fué no sólo un idealista exaltado, sino un católico practicante, fervoroso y sencillo, como pudo serlo su madre, la buena obrera acomodada de una pequeña ciudad de provincias.

¡Qué gran lección ésta para las generaciones de investigadores actuales, educados desde mediados del pasado siglo en un materialismo impenitente! La verdad es que tenemos el deber de oírla; que no hay razón para poner un gesto admirativo ante la labor investigadora de Pasteur y un gesto de indiferencia ante ese rasgo de su espiritualidad, tan íntimamente ligada a su obra entera.

Pero nosotros, los españoles que soñamos con una España diferente, tenemos que hacer nuestro comentario especial; puesto que España es un país de católicos, aceptemos este gran ejemplo de cómo a la sombra

de una fe sencilla puede crecer con esplendor el árbol de la Ciencia. Conformes, sí; pero anotemos también que si Pasteur fué un creyente, no fué fanático. Supo ir a todos los rincones de las ciencias naturales con la lámpara de la fe encendida en lo recóndito de su alma; pero esta fe no fué jamás un prejuicio para su pensamiento científico. No investigaba los cristales y los fermentos y los microbios para buscar a Dios; porque sabía que Dios estaba en todas partes, sin necesidad de buscarlo.

Es decir, que la idea de Dios no sea el objeto de nuestra preocupación científica. Dios puede preceder a nuestro pensamiento, si tenemos la suerte de nacer con una fe en el alma. O bien puede aparecérsenos, de improviso, como se aparecía ante los ojos sencillos de los pescadores de Galilea, al doblar una esquina de la vida.

Lo que es inútil y ridículo es buscarle a través de las lentes del microscopio.

EL CENTENARIO DE LA AMERICAN DENTAL ASSOCIATION

El Congreso de la American Dental Association, realizado conjuntamente con la «47.ª sesión anual» de la Federación Dental Internacional, desarrolló parte de sus actividades en el Coliseum, recientemente construido en el Columbus Circle, en la Octava Avenida; allí funcionaron las salas de conferencias, mesas clínicas, exhibiciones científicas y la exposición comercial anexa al Congreso. Las actividades sociales y las reuniones de carácter societario y gremial se llevaron a cabo en el Hotel Waldorf-Astoria.

Una de las sesiones del congreso estaba señalada para el jueves 17 de septiembre. Para ese día, la comisión de agasajo al señor Nikita Krushchev, solicitó el salón del Waldorf-Astoria, Krushchev debió irse a otro hotel, y la American Dental triunfó en la disputa. Los diarios se ocuparon intensamente del incidente.

En el acto inaugural el discurso de apertura lo pronunció el Presidente de la American Dental Association, y Su Eminencia el Cardenal Spellman, Arzobispo de Nueva York, señaló la importancia de la odontología para la salud del pueblo. Al vicepresidente de los Estados Unidos, Sr. Richard M. Nixon, le correspondió el discurso inaugural.

En lo relacionado con los temas quirúrgicos, el que llevó más concurrencia fué el que estuvo a cargo del coronel Doctor Robert B. Shira, transmitida al Coliseum desde el Walter Reed Army Hospital, de Washington, por circuito cerrado de televisión en color.

Sobre el problema de las «Dentaduras Implantadas», aún no está dicha la última palabra; ni la penúltima.

Se realizó una sesión sobre «Diagnóstico radiográfico» con modalidades muy interesantes.

Se presentó un symposium muy interesante sobre métodos quirúrgicos en relación con la ortodoncia, en la que intervinieron G. Thaddeus Gregory, D. Holland, L. W. Peterson, S. M. Brock y H. T. Perry; hubo otro symposium sobre Exodoncia, a cargo de J. Cameron, I. B. Bender y N. P. Christy; mesas clínicas en las que se trataron temas de anestesia; una muy importante sesión destinada al estudio del cáncer bucal, con F. H. Henny, E. L. Wynder, K. Schuchardt, I. Meyer, E. Scott Hill y A. J. Ackerman; otro symposium sobre anestesia local, presidida por el Doctor H. W. Krogh, el Doctor T. M. Mavrogordato, de Atenas, presentó una interesante comunicación sobre tumores de la cavidad bucal.

Fermin A. Carranza revalidó su título de primera figura de la periodoncia mundial.

El Congreso fué cerrado con un banquete de gala en el Hotel Waldorf-Astoria, que constituyó una nota de brillante colorido y distinción.

Si se desea hacer una loa a este «meeting», la primera faceta que hay que aplaudir es la del orden. El congresista en cualquier tema que eligiese podía tener perfectamente ocupado todo el día, sin superposición de demostraciones y sin tiempo perdido en esperas.

La otra faceta interesante de la reunión, que, por otra parte, debiera ser norma en congresos de esta naturaleza, es la presentación resumida y sistemática de la «última palabra» y la exposición personal de los resultados de investigaciones, trabajos o experiencias, y no para lucimiento personal de los demostradores, sino para el aprovechamiento sustancial de las demostraciones.

(Entscdo per R. O. A. Ríes Centeno.)

IV CONGRESO INTERNACIONAL DE PATOLOGIA CLINICA

(Madrid, 13 al 17 de junio 1960)

Organizado por la Asociación Nacional de Médicos Especialistas de Análisis Clínicos, bajo los auspicios de la Sociedad Internacional de Patología Clínica y la Presidencia de Honor de S. E. el Jefe del Estado, se celebrará este Congreso en Madrid durante los días 13 al 17 de junio de 1960.

Información: Secretaría General. Pabellón II de la Facultad de Medicina, Ciudad Universitaria, Madrid.